

## RESEÑAS



De Cessole, Bruno et Caussé, Jeanne, *Nietzsche 1892-1914, Les trésors retrouvés de la Revue des Deux Mondes*, Préface d'Alexis Philonenko, Paris, Maisonneuve et Larose/Éditions des deux Mondes, 1997, 315 pp.

La recepción de la filosofía de Nietzsche –con las peculiares características que cada época le imprime a su pensamiento– no sólo forma parte de la historia de las ideas, sino que también revela el carácter múltiple y perspectivístico de este pensador. Este volumen recoge todos los artículos que se publicaron sobre Nietzsche en la *Revue des Deux Mondes*, entre 1892 y 1914, plena *Belle Époque*. La *Revue des Deux Mondes* fue fundada en 1829, y recogía artículos de política, economía, relatos de viaje, literatura: una revista de las así llamadas “culturales”, en sentido amplio.

Es conocido el amor de Nietzsche por Francia, y su rechazo de lo alemán. La *Revue des Deux Mondes* jugó un rol fundamental en el reconocimiento de la figura y del pensamiento de Nietzsche en Francia y en Europa en general, ya desde los años de la locura. Para quienes escriben en esa época (Alfred Fouillée, Emile Faguet, Edouard Schuré, Theodor de Wyzewa, entre otros) el aspecto más destacable de Nietzsche es el literario, y existe muy poco reconocimiento del carácter filosófico de su obra. Pero lo interesante de estos trabajos es la proximidad epocal al filósofo, y lo que la misma genera.

Como señala Philonenko en su prefacio, “Nietzsche en el espejo de la Belle Époque”, la mayor parte de los mitos en torno al filósofo en Francia hallan su raíz en estos estudios, ya que los mismos inauguran el nacimiento de la filosofía de Nietzsche en este país. En los trabajos, se plantea constantemente la cuestión en torno al carácter de la obra: ¿es Nietzsche un filósofo, un filólogo, o un pensador? Nietzsche era, para algunos de estos autores, un filólogo genial, y un pensador (en sentido amplio): el verdadero Pascal alemán. Todos acuerdan en elogiar el estilo de escritura: aun en traducciones (las de Henri Albert) este estilo se hace patente en su fuerza y pasión.

Alfred Fouillée es uno de los escritores de la época que más se ha dedicado al pensamiento de Nietzsche. Se recogen en este libro tres artículos suyos: "La religión de Nietzsche", "La moral aristocrática del superhombre", y "Las ideas sociales de Nietzsche". Cinco son los artículos del germanista Theodor de Wyzewa: "La juventud de F. Nietzsche", "La amistad de Federico Nietzsche y de Richard Wagner", "Un amigo de Federico Nietzsche: Erwin Rohde", "Nuevos documentos sobre Federico Nietzsche", y "A propósito de la muerte de Nietzsche". Este último artículo relata el momento en que el autor recibe la noticia de la muerte del filósofo a raíz de la lectura de un periódico, en un tren bávaro en el que iba acompañado por cinco estudiantes universitarios, a los que les acerca el periódico para anotarlos del acontecimiento. Como relata de Wyzewa, los estudiantes no tenían la menor idea acerca de quién era Nietzsche. Posteriormente, consultando las notas necrológicas aparecidas en los periódicos alemanes, el autor llega a la conclusión de que las mismas testimonian el modo que los alemanes tienen de practicar el culto a los grandes hombres: en bloque, ya que toda afirmación más detallada acerca de las doctrinas del filósofo son calificadas de potencialmente peligrosas, si no fuera por el hecho de que las mismas son absurdas para los articulistas alemanes. Éstos señalan que su obra está plagada de contradicciones, que su "moral de los señores" es una monstruosa locura; que, a pesar de la belleza de su estilo no puede ser tomado en serio, y que los alemanes necesitan "más de Goethe y menos de Nietzsche".

De Wyzeka destaca también la labor de Elisabeth en rescatar cartas y documentos de su hermano, y, sobre todo, indica la importancia de los textos que ella ha publicado para demostrar el buen corazón y la práctica de virtudes cristianas por parte del filósofo, virtudes que parecen contrarias a lo que dice en sus libros. Y también critica a los nietzscheanos de la época, que querían imponer el Zarathustra como nuevo Evangelio, cuando el mismo Nietzsche señala en una de sus cartas que ni los más cercanos podían comprender esta obra.

Interesante es el artículo de Louis Bertrand, "Nietzsche y la guerra", fechado en 1914, ya que el mismo establece una relación directa entre los ideales del Reich y la filosofía nietzscheana. Para este autor, toda la obra de Nietzsche está dominada por el hecho capital de la guerra de 1870, y los efectos que la misma produjo en su "sensibilidad enfermiza". A partir de

allí, el "hombre de pluma" se convirtió en un admirador de la fuerza, pero debió transformar estas simpatías, y entonces "la embriaguez destructora de las fuerzas alemanas se convirtió en la embriaguez dionisiaca, la locura orgiástica del ditirambo, que fue la primera forma de la tragedia griega. La guerra de 1870 devino, en su imaginación, otra guerra médica, de la que el pueblo alemán podía salir regenerado, listo para crear, como los atenienses del siglo V, una ciencia y una civilización nuevas" (p. 293). Será en *Así habló Zarathustra* en donde Nietzsche entonará "el canto triunfal de la brutalidad prusiana". Bertrand cita buena parte del capítulo "De la guerra y del pueblo guerrero", para señalar que éste suena como "el programa mismo del imperio y del militarismo alemanes: obediencia pasiva, culto de la fuerza y de la guerra, creencia de que la fuerza se confunde con el derecho, imprudencia y megalomanía" (294). Todo esto, dice Bertrand, no puede ser entendido como mero recurso retórico o metafórico: Nietzsche predica no sólo la guerra del conocimiento contra los errores, sino la guerra real, a la que considera como la verdadera educadora del género humano. Además, ha subrayado la necesidad de hacer el mal y la voluptuosidad de la destrucción: características éstas que las costumbres militares alemanas hacen patentes. Sin embargo, Bertrand concluye que el paralelismo es totalmente accidental, ya que Nietzsche no ha tenido ningún éxito ni influencia entre los alemanes, lo que no es obstáculo para que el oficial alemán represente una fotografía de las virtudes aclamadas por el filósofo. Refiriéndose a la cuestión del rechazo nietzscheano por lo alemán y su amor por Francia, Bertrand señala que Nietzsche es un alemán, un prusiano, heraldo de una virtud alemana como el engaño, y que la misma se hace evidente en el modo en que su pensamiento ha engañado a los mismos franceses.

Dos artículos de Camille Bellaigue hacen referencia al tema musical: "Un problema musical" y "La evolución musical de Nietzsche". En este último artículo, se destacan los dos momentos de la estética musical nietzscheana: a favor, primero, y en contra, luego, de la obra y los ideales de Wagner ("...no es sólo la música de Wagner, sino la música según Wagner lo que Nietzsche repudia y detesta" (p. 262)). Bellaigue destaca que la revolución musical de Nietzsche se relaciona no sólo con causas estéticas sino, sobre todo, con causas "inmorales": su rechazo de la cruz ante la que se arrodilla el músico alemán. Al amor que salva, Nietzsche prefiere "el amor que pierde": de allí su admiración por *Carmen* de Bizet.

De 1895, el artículo de Édouard Schuré, "El individualismo y la anarquía en literatura. Federico Nietzsche y su filosofía" comienza señalando que se puede decir que la primera mitad del siglo XIX ha sido individualista, y la segunda socialista, desde el punto de vista literario. Pero los últimos veinticinco años del mismo se caracterizan por un progresivo y nuevo avance del individualismo: la obra nietzscheana es reflejo de esta situación, en la que la revolución del individuo contra todo lo que existe está a la orden del día. Este "culto intensivo del yo" implica la guerra a los principios de la moral, la religión y la filosofía, y Nietzsche, como representante más radical y convencido de este individualismo, puede colocarse en oposición a la figura de Tolstoi. Sin embargo, el individualismo nietzscheano posee un carácter educador, que se expresa en el desprecio de la popularidad.

Schuré relata que encontró a Nietzsche en Bayreuth en 1876, y que le impactó la superioridad de su espíritu, lo extraño de su fisonomía (ese aire de oficial de caballería unido a su timidez), la musicalidad de la voz, el hablar lento. En estos rasgos, Schuré ve al artista y al filósofo. La calma aparente de su expresión ocultaba el trabajo doloroso del pensamiento: todo esto daba a su rostro un carácter inquietante. En presencia de Wagner, era tímido y silencioso.

Para Schuré, Nietzsche es un pensador profundo, un escritor de primer orden, que ha dado, con su suicidio espiritual, la mayor demostración de su error (su ateísmo y su exaltación del yo).

Este libro, que incluye, además, un artículo de Georges Valbert y otro de Émile Faguet, es una valiosa herramienta de trabajo para estudiar la recepción del pensamiento de Nietzsche también en la Argentina. Porque los ojos de los intelectuales argentinos de estos años estaban vueltos hacia Francia fundamentalmente, y los autores que escribían en la *Revista de Dos mundos* son citados, comentados y reproducidos en las revistas culturales de nuestro país de aquellos años.

Mónica B. Cragnolini

De Barrenechea, Miguel Ángel, *Nietzsche e a liberdade*, Río de Janeiro, Viveiros de Castro Editora, 2000, 140 pp.

Miguel Ángel de Barrenechea es un argentino que reside en Brasil desde hace muchos años, y que ha sido co-organizador de los encuentros *Assim Falou Nietzsche* realizados en Río de Janeiro (el último, en el año 2000).

Este libro está dedicado al tema de la libertad, tema que en la filosofía de Nietzsche se aparta completamente de la tradición moral y religiosa del libre arbitrio, en la medida en que ya no se relaciona con las normas sino con la aceptación de la necesidad, y de la vida en todos sus aspectos. De este modo, Nietzsche interpreta el libre arbitrio de manera artística: la libertad humana es la del acatamiento del juego de las fuerzas terrestres, del eterno retorno, lo que permite las nuevas valoraciones. Por ello, la tesis central del libro se relaciona con la íntima relación entre libertad, necesidad y creación artística.

Para de Barrenechea, dos son los obstáculos principales para el tratamiento de este tema: por un lado, el carácter no sistemático del planteamiento de la idea de libertad en la obra de Nietzsche (algo, digamos, extensible a cualquier tema nietzscheano), por otro, el uso (sobre todo en el *Zarathustra*) de fórmulas que parecerían negar el arbitrio de manera categórica: expresiones como "determinismo", "fatalidad", "necesidad", que sugieren un rechazo de la autonomía humana. Esto tiene que ver con el hecho de que para Nietzsche la libertad no es el ejercicio de una facultad activa, sino de un *pathos* de aumento de fuerzas, "que se vivencia al obrar en sintonía con los propios instintos e impulsos" (p. 15).

La libertad para Nietzsche no es moral, sino estética, afirmación que Barrenechea apoya desde autores como Reboul y Fink. Para mostrar este carácter estético de la libertad, el libro transita tres niveles: un análisis genealógico de la libertad moral, un análisis filológico de la misma, para arribar, en tercer lugar, a la noción de libertad en el sentido artístico.

La comprensión moral de la conducta está estrechamente relacionada con la idea de un sujeto, que se considera unitario y transparente, y capaz de producir acciones. Para realizar esta crítica, es necesario un análisis lingüístico de las nociones que fundamentan la libertad moral: sujeto libre y responsable. Partiendo del § 115 de *Aurora*, que muestra que el lenguaje es un obstáculo para analizar los instintos y los así llamados fenómenos interiores